

Socialización, poder y violencia: reflexiones teóricas*

Raúl Enrique Anzaldúa Arce

Los niños y jóvenes en nuestro país viven en una sociedad con un considerable incremento de las condiciones de pobreza, lo que implica mayores desigualdades y fragmentación social, en contextos de devastadoras manifestaciones de violencia. Las nuevas generaciones pasan por procesos de socialización en los que la violencia tiene importantes repercusiones. Las categorías teóricas convencionales de socialización y violencia son insuficientes para estudiar las transformaciones subjetivas que están ocurriendo. El presente artículo tiene la intención de reflexionar sobre la socialización en su relación con la violencia y el poder, para contar con herramientas teóricas que permitan aproximarnos a la comprensión de los complejos fenómenos que viven los jóvenes. Al final, se presentan algunos hallazgos de los avances de dos investigaciones en curso, en los que empleamos algunas de estas reconfiguraciones teóricas.

Palabras clave: socialización, violencia, poder, subjetividad, adolescencia.

SOCIALIZATION, POWER AND VIOLENCE: THEORETICAL REFLECTIONS

Children and young people in our country are living in a society with a significant increase in poverty, which means greater inequalities and social fragmentation, in contexts of devastating manifestations of violence. New generations pass through socialization processes in which violence has important implications. Conventional theoretical categories of socialization and violence are insufficient to study the subjective transformations that are occurring. This article intends to reflect on their socialization in relation to violence and power, to have theoretical tools to approach the understanding of complex phenomena which young people live. In the end, some findings of the progress two ongoing investigations, which will use some of these theoretical reconfigurations will be presented.

Key words: socialization, violence, power, subjectivity, adolescence.

* Avances del proyecto de investigación “Televisión y educación: expresiones de la socialización de la violencia en estudiantes de secundaria”.

SOCIALIZACIÓN COMO CONSTITUCIÓN DEL SUJETO

Cuando pensamos en las infancias, las adolescencias y las juventudes, en los contextos actuales, caracterizados por una devastadora desigualdad social (en la que predomina la pobreza en sus diversas gradaciones), nos damos cuenta de la enorme fragmentación socioeconómica y cultural de estos grupos sociales (Saraví, 2015), cuyas experiencias de vida están inmersas en condiciones de violencia estructural y cultural (Galtung, 2004), que inciden en sus proceso de socialización. Frente a esto nos preguntamos entonces si tendríamos que pensar en una *socialización de la violencia*. Este supuesto resulta extraño si partimos de una concepción tradicional de socialización, donde se privilegia la idea de que es un proceso que permite integrar a los sujetos a su sociedad para que realicen determinadas funciones prescritas, que propiciarían su inserción social de manera armónica. Estas cuestiones nos hacen considerar que deberíamos repensar lo que entendemos por socialización, proceso al que de entrada consideramos mucho más complejo de lo que plantean las concepciones estructural-funcionalistas.¹

La sociología de influencia funcionalista, entiende por socialización “[...] el proceso de internalización de conductas, normas y valores que rigen a una sociedad” (Puga, Peschard y Castro, 2007:157) para permitir que una persona se inserte en las instituciones. Este tipo de concepciones señalan que el objetivo principal de la socialización es la reproducción del sistema social gracias a la conformación de los sujetos que cumplirán con los roles y funciones que se les prescriben. Este mecanicismo ha sido criticado por los llamados pensadores posestructuralistas, quienes cuestionan el carácter determinista del funcionalismo, pues suponen que los sujetos son individuos, perfectamente adaptables a los roles y funciones que se les asigne, para incorporarse en el sistema social, en una suerte de adaptación lineal y mecánica frente a la cual no oponen resistencia.

Si partiéramos de una concepción funcionalista ¿cómo podríamos entender la socialización de la violencia?, ¿cómo una mera adaptación a la violencia?, ¿a los roles de víctima o agresor?, ¿qué normas y valores vinculados con la violencia favorecerían la reproducción social, en un ámbito de interacciones y funciones institucionales que se esperaría, permitieran la reproducción armónica del sistema?

Queda claro que la concepción funcionalista no nos permite comprender la paradoja de pensar una socialización de la violencia, que forma parte de la vida cotidiana en la que nos encontramos, por ello debemos partir de una concepción distinta de hombre y de sociedad.

¹ La socialización para este enfoque consiste en la interiorización de formas de regulación que permiten a un sujeto insertarse funcional y adecuadamente en un sistema social (cfr. Parsons, 1951:23-24).

A diferencia del funcionalismo que ve al ser humano como un individuo que interacciona con otros, asume roles y cumple funciones para reproducir el sistema donde vive. Queremos partir de otra concepción, en donde más que individuos, pensamos en sujetos, que se constituyen en un entramado histórico-social-psíquico, donde el proceso de socialización los modela y los modula, en un campo de fuerzas de poder en el que hay luchas y resistencias.

Las ideas que desarrollamos en este trabajo, son tributarias de las aportaciones de Cornelius Castoriadis en torno al proceso de socialización, así como de los planteamientos de Michel Foucault sobre la *subjetivación* y el *modelamiento* de los sujetos.

Para Castoriadis, la concepción de sujeto no se reduce a ser un individuo que asume mecánicamente roles y funciones como sostiene el funcionalismo; ni tampoco como señala el estructuralismo,² es el “soporte” y el efecto inerte de las estructuras que lo determinan, donde la socialización sería el proceso de la determinación del sujeto.

Castoriadis sostiene que el sujeto es creación inagotable de *sí mismo*, es esfuerzo creativo de construcción de sentido *para sí*. Las construcciones de sentido son efecto de *lo imaginario*, que en el ser humano se manifiesta en dos órdenes o dominios inseparables e irreductibles el uno al otro, a los que denomina: el dominio de la psique y el dominio histórico social. En cada uno, actúa lo imaginario como creación de significaciones: en el dominio de la psique, lo imaginario es *imaginación radical*. Mientras que en el dominio histórico social, se lo nombra como *imaginario social*.

La psique, a partir de la *imaginación radical* produce incesantemente representaciones ligadas a afectos y a deseos, que se ven modeladas y dirigidas por lo imaginario social a partir del proceso de socialización. El sujeto es concebido “no como sustrato o sustancia inmaterial, sino como capacidad emergente de acoger el sentido y de hacer con él algo *para sí*: acoger un sentido pensado (la interpretación no brinda un sentido ‘inmediato’) y hacer algo para sí al pensarlo” (Castoriadis, 1998b:117).

En el dominio histórico-social, lo *imaginario social* son significaciones sociales creadas por el colectivo, que producen organizaciones de sentido, concretizadas en las instituciones, la cultura, en los sistemas simbólicos, mitos, creencias, concepciones y valores, que regulan las relaciones sociales.

Las significaciones imaginarias sociales no son lo que los individuos se representan o lo que piensan, sino aquello a partir de lo cual (y por medio de lo cual) los individuos se constituyen, se representan, piensan, dicen y hacen, en una sociedad determinada. Si bien las significaciones imaginarias sociales requieren un arraigo efectivo en la

² Como por ejemplo planteaba Althusser en su trabajo “Ideología y aparatos ideológicos de Estado” (1981).

representación, el pensamiento y la acción de los sujetos, esto no significa que se reduzcan sólo a lo que cada sujeto se representa. Asimismo, un individuo no puede ser portador o representante de la totalidad de las significaciones de una sociedad. Es por eso que se habla de significaciones sociales, que son irreductibles a lo representable, decible y factible por los sujetos en su individualidad o la suma de ellos en una colectividad.

Por otra parte, no puede haber sentido para un sujeto o una colectividad, si no es a condición de que haya sentido social, en función de las significaciones instituidas como formas de decir-pensar y hacer-construir social.

Lo que caracteriza al sujeto es la capacidad creadora *para sí*, psíquica y social. Pero en el ser humano hay una particularidad de este *para sí*, que no es compartida con el resto de los seres vivos, como veremos más adelante. El ser humano es cuerpo y en consecuencia es un ser biológico, incluso físico, pero no se reduce a ello, si bien comparte con el resto de los seres vivos su ser biológico, esto no agota ni remotamente su especificidad. Tampoco lo hace particular, crear un mundo y un sentido *para sí*. Hay cuatro regiones del sujeto en las que Castoriadis encuentra esta capacidad de producir sentido *para sí*:

1. *Lo viviente como tal*. Todo ser vivo, “empezando con la célula” (Castoriadis, 2005:192), comparte la capacidad y la necesidad de crear un mundo *para sí*, que tenga sentido para este organismo y en donde éste tenga un lugar. Sólo de esta manera se adapta al mundo, asimilándolo (le da sentido) y acomodándose a sus condiciones, así es como actúa en *su mundo* (su medio) para sobrevivir.³

La información del mundo que crea un ser viviente *para sí*, debe organizarse para reconocer partes, relaciones y procesos, que en un momento dado permitan elegir unos y rechazar otros. Sin embargo, no podemos decir que todo lo viviente tenga subjetividad como la humana, porque lo que caracteriza al ser humano es su capacidad reflexiva sobre lo que piensa y sobre lo que hace. Incluso reflexiona sobre su reflexión.

2. *Lo psíquico*. Si bien lo viviente crea representaciones de su entorno para relacionarse con él, la psique trasciende este interés meramente de autoconservación. La *imaginación radical* (manifestación de lo imaginario en la psique) produce representaciones

³ “Si una entidad debe conservarse [...] debe actuar y reaccionar en el entorno en el que está; debe evaluar lo que se presenta: será positivo lo que la favorece; negativo lo que no la favorece. Para ello debe tener conocimiento en el sentido más vago del término. Imposible pensar lo vivo sino como una entidad que posee una representación del mundo: representación, ciertamente no reflexiva” (Castoriadis, 2005:193).

no necesariamente como reflejo de lo percibido, puede crear *a partir de nada* (*ex nihilo*), es decir, crear una imagen de lo que no es, en el sentido de que no puede encontrarse un referente, que sugiera una correspondencia biunívoca entre imagen y cosa. También puede crear una imagen de algo que no está en la cosa. Hay una espontaneidad representativa y creadora, esto inaugura la capacidad simbólica de la creación imaginaria. De aquí se deriva el lenguaje, facultad particularmente humana.

Estas características obedecen a que la psique no actúa sólo buscando la autoconservación, ni siguiendo satisfacer funciones de sobrevivencia (como ocurre con el *para sí* de lo viviente); sino que actúa de manera desfuncionalizada, escapa de la estructura instintiva, de los programas preestablecidos con finalidades fijas y funcionales a ellas. La psique es flujo de imaginación radical, espontánea y creadora, que responde a un placer de representación, más que a un placer de órgano o a una finalidad de autoconservación.⁴

La creación de representaciones de la psique está ligada a afectos y deseos, y cada uno de estos elementos cuenta con una relativa autonomía respecto de los otros, aunque están inseparablemente unidos, cada uno puede seguir su propia lógica y mantener su particular relación con los otros componentes.

Estamos tentados a pensar la psique como integridad o unidad, como el núcleo y característica fundamental del sujeto humano. Sin embargo, el psicoanálisis nos muestra que la psique no se reduce a un *yo* que piensa y actúa, la psique está compuesta por instancias: el *ello*, el *yo* y el *superyó*, que a su vez operan en tres registros: *inconsciente*, *preconsciente* y *consciente*. Esto implica una estratificación de la psique, en instancias, cada una con relativa autonomía⁵ y aunque se mantienen en interrelación, ésta no necesariamente es armónica, sino que conforman dinámicas de tensiones y conflictos.⁶

El despliegue histórico de la psique y sus instancias (en el incesante flujo de imaginación radical), está apoyado en la maduración neurofisiológica, pero especialmente está codeterminado por el proceso de socialización que somete a la psique y la modela, dando origen al *individuo social*.

⁴ “Uno vive para las representaciones de los estados deseados y también –y sobre todo– para tener una representación de sí mismo, que está en el centro de todo y más allá de cualquier funcionalidad y hace, por ejemplo, que uno pueda matarse para ‘conservar su propia imagen’” (Castoriadis, 2005:198-199).

⁵ Cada instancia tiene una forma particular de crear un *para sí*: representar sus objetos a partir de una valoración particular, desplegando en relación con éstos, afectos e intenciones específicos.

⁶ “Los conflictos intra-psíquicos son conflictos de ‘instancias’ y la misma existencia [...] de estas instancias son el resultado de una historia [...] En esta historia, las etapas posteriores no anulan las anteriores, coexisten con ellas” (Castoriadis, 1998b:132-133).

3. *El individuo socialmente construido*, es la tercera región del *para sí* del sujeto humano y se caracteriza por la acción del orden histórico-social sobre el psiquismo, para crear a los individuos que la sociedad requiere para subsistir. Toda sociedad crea su propio mundo, un mundo *para sí* creando un magma de significaciones imaginarias que le son específicas (Castoriadis, 1998a), que se encuentran instituidas y que requieren de individuos que las encarnen, que las operen, para que esa sociedad se mantenga unida y se reproduzca.

Las funciones de las significaciones imaginarias sociales son tres:

- a) Crean *representaciones* de lo que es el mundo para esa sociedad y éstas le dotan de una identidad como organización social configurada por instituciones (concepciones, valores, normas, formas de regulación, etcétera).
- b) Designan *finalidades* de acción: “imponen lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer, lo que es bueno hacer y lo que no lo es” (Castoriadis, 1997:158).
- c) Establecen los *afectos* característicos de una sociedad para los fenómenos que en ella ocurren.

La instauración de estas tres dimensiones –representaciones, finalidades, afectos– se da, cada vez, conjuntamente con su concretización realizada por todo tipo de instituciones particulares, mediadoras –y por supuesto, por el primer grupo que rodea al individuo, la familia– luego por otras [instituciones]. Mediante todas estas formas, se instituye cada vez un tipo de individuo particular, es decir, un tipo antropológico específico (Castoriadis, 1997:159).

Mediante la socialización, la psique es modelada por la sociedad, para conformar de ella a un *individuo social*:

[...] entidad parlante, que tiene una identidad y un estado social, se adecua más o menos a ciertas reglas, persigue ciertos fines, acepta ciertos valores y actúa según motivaciones y maneras de hacer lo bastante estables como para que su comportamiento sea la mayor parte del tiempo previsible para los otros individuos (Castoriadis, 1998b:134).

Gracias a la socialización, el individuo “funciona adecuadamente” *para sí* y para la sociedad: “desde el punto de vista de la sociedad la socialización siempre funciona. Los fracasos son atribuibles a la persona” (Castoriadis, 1998b:135).

La socialización opera por medio de la identificación,⁷ que es el proceso mediante el cual se conforman las instancias psíquicas, de esta manera las significaciones imaginarias sociales se introyectan.

Otra operación que participa en la socialización es la sublimación, por medio de ella se busca que los objetos y los deseos de la psique se transformen y se conviertan en objetos y deseos socialmente valorados y aceptables.

La construcción social del individuo consiste en buscar dominar a la psique, modelándola conforme a las exigencias de la sociedad. Pero esta dominación nunca es total, siempre hay residuos que se resisten y se manifiestan en diferentes formas de transgresión social. Ni la representación, ni los afectos, ni los deseos, pueden ser totalmente domeñados por la sociedad y su mundo instituido, de ahí la constante tensión entre estos dos órdenes, distintos pero inseparables, que da como resultado la multiplicidad de conflictos y soluciones de compromiso entre las diferentes instancias del aparato psíquico y la sociedad.

Cabe destacar que la sociedad opera tratando de ocultar que su autoinstitución es creación humana y presenta a sus instituciones “como si tuviesen un origen extrasocial, divino o racional, o como si estuviesen basadas en leyes de la historia” (Castoriadis, 2004:53). La función de este ocultamiento es intentar sustraer a la sociedad de la acción humana, para procurar su conservación instituida y su permanencia. Este ocultamiento produce un efecto de alienación, de extrañamiento del sujeto, respecto a lo que crea: la sociedad misma.

4. *El sujeto y la subjetividad humana.* Castoriadis aborda en esta cuarta región del *para sí*, las características propias del sujeto humano: “por un lado, la reflexividad: capacidad de acoger sentido, de cuestionarlo y de crear sentido nuevo; y, por otro, la capacidad de actividad deliberada (voluntad)” (Castoriadis, 2005:201).

El sujeto es subjetividad, que implica la realización de “un *trabajo lúcido sobre sí mismo*. No se la encuentra como tal en la mayoría de las sociedades humanas. Sólo en las que son capaces de cuestionar sus instituciones, su mundo de representaciones” (Castoriadis, 2005:201).

⁷ La identificación es un proceso psíquico que consiste en asimilar un aspecto, una propiedad o una característica de otra persona, de manera total o parcial, para interiorizarla y hacerla nuestra (Freud, 1980:42-47). En otras palabras, es un proceso que consiste en tomar a una persona o sólo algunos de sus rasgos, como “modelo” y asimilarla haciendo que forme parte de nuestras instancias personales: el yo y el superyó se construyen a partir de identificaciones.

La reflexividad no es sólo pensamiento, sino saber que se sabe, interrogarse sobre ese saber, transformando la actividad del pensamiento en objeto de reflexión. Esto es posible gracias a la imaginación radical, que no se limita a crear representaciones, sino que es capaz de *representarse para sí*, como actividad representativa y cuestionar esta representación.

Pero además de la reflexividad, la subjetividad en Castoriadis supone una actividad deliberada o voluntad, para llevar a cabo la reflexión, cuestionar lo existente y poder imaginar algo distinto a lo que nos hemos representado o ha sido instituido. Esto implica tener la voluntad de liberar la imaginación, para crear algo nuevo.

El sujeto de la subjetividad en Castoriadis es aquel que reflexiva y deliberadamente busca la autonomía, desea darse su propia ley, cuestionando reflexiva y críticamente sus instituciones y lo que ha introyectado en la socialización. La imaginación desbocada o desfuncionalizada permite esta reflexión, en la medida que puede crear lo que no está.

El sujeto en su individualidad puede ser autónomo en la medida en que logre establecer una relación distinta entre la instancia reflexiva del *yo*, con las otras instancias del aparato psíquico.⁸ La autonomía en la sociedad implica que el colectivo asuma que las instituciones son creadas por él y también puede transformarlas. La sociedad autónoma cuestiona reflexivamente sus instituciones y sus significaciones imaginarias y puede cambiarlas o crear unas nuevas.

El *individuo social* crea representaciones y reflexiona, pero lo hace dentro de los marcos instituidos, que a su vez pautan su volición. El *sujeto y su subjetividad*, es capaz de reflexionar críticamente sobre sus representaciones y las concepciones instituidas que se transmiten por la socialización y que tienden a la clausura. La subjetividad permite salir del intento de clausura de la institución social, cuestionar lo instituido y las significaciones que lo sostienen, con la posibilidad instituyente de crear otras nuevas.

La socialización para Castoriadis es un proceso que ocurre en el ser humano como un intento de crear sentido para sí desde la psique, que produce representaciones ligadas a afectos y deseos, que muchas veces son disfuncionales en relación con las normas, valores y concepciones instituidas por lo imaginario social. En consecuencia, la sociedad intenta domeñar y adaptar la psique a las formas de regulación social, le ofrece alternativas sublimadas para la satisfacción de sus deseos, restringe algunas

⁸ Entre otras cosas, esto quiere decir que el Ello no debe quedar sometido al Yo, y viceversa. El Yo reflexivo debe advenir, pero habrá de permitir que las pulsiones del Ello encuentren una adecuada satisfacción: el Yo recibe y admite “los contenidos del inconsciente, reflexionándolos y deviniendo capaz de elegir lúcidamente los impulsos y las ideas que intentará poner en acto” (Castoriadis, 1992:22).

de sus pulsiones (el Yo las reprime, por mandato del Superyó), otras las trata de encausar de manera que el sujeto encuentre en las acciones y prácticas sociales alguna satisfacción, de lo contrario se ve incitado a llevarlas a cabo aun cuando no las acepte voluntariamente.

La socialización ocurre como un proceso incesante a lo largo de toda la vida en el que se va conformando una identidad. Es decir, el *individuo social* que la socialización produce se caracteriza por con-figurar una identidad, una concepción imaginaria de *sí mismo* donde se entrelazan las significaciones provenientes de la psique (representaciones, afectos y deseos), con las significaciones sociales derivadas de múltiples convocatorias de identidad que el sujeto recibe. Siguiendo a Castoriadis, Beatriz Ramírez Grajeda acuña la noción de *convocatorias de identidad* como significaciones imaginarias sociales que los sujetos reciben de diversas instancias para inducir que se conciban a sí mismos de determinada manera y actúen en consecuencia. La socialización intenta con-formar una identidad a partir de diversas convocatorias imaginarias sociales, que generan una ilusión de permanencia en el sujeto, aunque en realidad se encuentra en proceso de re-significación constante a lo largo de la vida, las experiencias y las instituciones en las que se incorpora. La identidad entonces: “Es resultado de una síntesis de imágenes, convocatorias, soluciones de compromiso, negociaciones psíquicas que a partir de un esfuerzo de sentido: nomina, clasifica, distingue, reconoce, interpreta, interpela, crea sentido a las cosas del mundo brindándole al yo un lugar para sí” (Ramírez, 2017:196).

Frente a las condiciones de violencia que vivimos, el sujeto requiere construir significaciones sobre esos acontecimientos y encontrar algún sentido que dé cuenta de lo que sucede y que a su vez tenga una orientación acerca de qué hacer. La psique reacciona con desconcierto, ansiedad, rabia o impotencia frente a la violencia, pone a funcionar diferentes representaciones, afectos e intenciones para salvaguardarse (el Yo pone en marcha mecanismos de defensa, se crean fantasías, etcétera). En el orden social, las instituciones producen significaciones y construcciones de sentido que intentan justificar, legitimar, condenar, soslayar o reinterpretar lo que sucede, procurando orientar las acciones de los sujetos en las condiciones en las que se encuentran.

La socialización de la violencia impacta a los sujetos (psíquica y socialmente), su identidad se ve cuestionada, se le convoca a asumir un lugar (de víctima, agresor, cómplice o espectador), que producirá tensiones subjetivas y sociales, a las que tendrá que dar algún cauce. Pero también la violencia atenta contra las identidades de los colectivos (mujeres, jóvenes, normalistas, etcétera) y a sus instituciones, que se encuentran inmersas en campos de fuerza donde el poder actúa de múltiples maneras.

Si bien la propuesta teórica de Castoriadis nos permite comprender algunos de los entramados psicosociales de la socialización, surgen algunas interrogantes: poco

se exploran los mecanismos concretos de las prácticas de la socialización, las formas en que las significaciones sociales modelan la psique, ejercen su poder sobre ella y los modos en que ésta re-significa las convocatorias⁹ que recibe; así como la manera en que las representaciones, los afectos y los deseos en la psique y sus instancias, resisten al dominio social.

Para tratar de abordar algunas de estas cuestiones que parecen poco elaboradas por Castoriadis, me parece interesante recuperar nociones y planteamientos que puestos en diálogo con el andamiaje castoridiano, podrían ayudarnos a esclarecer algunas interrogantes que nos surgen de los planteamientos de este autor. Me refero principalmente a la noción *subjetivación* propuestas por Michel Foucault.¹⁰

Para abordar la cuestión del sujeto y la subjetividad, Michel Foucault emplea la noción de *subjetivación*, que pone énfasis en los procesos, las acciones y las prácticas que realiza el sujeto sobre *sí mismo* para darse una *forma de ser*. En este sentido, la subjetivación alude al proceso de constitución del sujeto como efecto de las prácticas históricas de los dispositivos de ejercicio del poder, que intentan regular su conducta y lo convocan a una identidad.

Para Foucault, el sujeto es subjetivación de prácticas y experiencias en las que se ve inmerso en las instituciones. Vinculando esta cuestión con los planteamientos de Castoriadis, podríamos pensar que la subjetivación es el trabajo que el sujeto realiza sobre *sí*, como parte del proceso de socialización. La subjetivación de la experiencia y de las prácticas implica un esfuerzo de darles sentido dentro de su existencia y *dar-se* sentido (*para sí*) como sujeto de esas experiencias y prácticas. Foucault señala que la subjetivación implica la *relación del sujeto consigo mismo* en una sociedad y en un momento histórico determinado. Refiriéndose a la historia de la subjetivación moral señala:

Historia [...] de la manera en que los individuos son llamados a constituirse como sujetos [historia] de los modelos propuestos por la instauración y el desenvolvimiento

⁹ “Sentirse convocado no se reduce a un conjunto de voces físicas, sino de interpelaciones, de llamados a ser, a actuar para hacer efectivo un modo de vivir y estar en el mundo [...] El sujeto es cómplice del llamado que escucha y luego se empeña en atender [...] las convocatorias son potenciadas por el deseo que empuja a la acción” (Ramírez, 2015:77-78).

¹⁰ Mi intención no es pasar esta noción de un cuerpo teórico a otro, sin pretender que sufra modificaciones al cambiar del campo problemático y reflexivo en el que fue creada originalmente, sino intentar un vínculo que nos permita pensar aquellos aspectos que, desde mi punto de vista, Castoriadis no desarrolló lo suficiente.

de las relaciones consigo mismo, por la reflexión sobre sí mismo, las transformaciones que se busca cumplir sobre uno mismo. Tal es la que podríamos llamar una historia [...] de las formas de subjetivación [...] y de las prácticas de sí que están destinadas a asegurarla (Foucault, 1998:30).

La noción de subjetivación puede iluminar el proceso de socialización, que la sociedad realiza sobre la psique para modelar sus representaciones, afectos y deseos, de manera que *con-forme* las acciones y la identidad de los sujetos, convirtiéndolos en *individuos sociales* capaces de integrarse y reproducir la sociedad en la que se constituyen, sin que esto esté exento de contradicciones, tensiones y resistencias.

Para que la socialización tenga un “efecto” de subjetivación, requiere que las prácticas que realiza el sujeto en las instituciones tengan un carácter de *experiencia*. Para Foucault: “La experiencia [...] es siempre una ficción [del sujeto *para sí*], algo construido que existe sólo después de haber sido hecha, no antes [...] es una realidad [...] una construcción reactiva, *post facto*, de ese hecho” (Foucault en Jay, 2009:450-451). Podríamos decir que la experiencia en los proceso de socialización se convierte en una construcción de sentido *para sí*, que el sujeto crea y que incorpora mediante la identificación. Esto podría ayudarnos a comprender mejor los mecanismos a partir de los cuales los sujetos se socializan y la sociedad modela sus psiques.

De acuerdo con Castoriadis, las significaciones imaginarias sociales crean instituciones (concepciones, prácticas, valores, formas de regulación, normas, funciones, lugares, roles, etcétera) a partir de las cuales se convocan identidades. Siguiendo a Foucault, podríamos decir que estas significaciones imaginarias sólo tienen un efecto socializador cuando son subjetivadas, es decir, cuando el sujeto las vive y forman parte de su experiencia y entonces crea un sentido, una ficción o narrativa *para sí*, que da cuenta del acontecimiento, de su lugar y su papel dentro de él.

Foucault estudia la experiencia como *focos de experiencia* que articulan tres elementos: “primero, las formas de un saber posible; segundo, las matrices normativas de comportamiento para los individuos, y por último, modos de existencia virtuales para los sujetos posibles [formas de subjetividad posibles]” (Foucault, 2011:19).

Esto implica que la experiencia es una afección frente a un acontecimiento donde se articulan los saberes, las normas de comportamiento como parte del ejercicio del poder y la *forma de sujeto* (subjetividad) a las que se convoca (Ramírez, 2009; 2015) frente a lo que acontece. El sentido que se construye en la experiencia de un acontecimiento, intenta dar cuenta de la forma en que éste lo ha afectado: el sujeto crea un sentido *para sí* (siguiendo a Castoriadis), como una forma de intelección “que se fabrica para uno mismo [y] que instaura la relación consigo mismo y con los otros, y constituye al ser humano como sujeto” (Foucault en Castro, 2004:128).

En un intento de articular estas nociones podríamos pensar que el sujeto “no es una sustancia, es una *forma*”¹¹ (Foucault, 1996b:108), es el efecto-*forma* de la subjetivación psíquica (representación-deseo-afecto) y social (significación instituida-instituyente). El sujeto se con-*forma* a partir del modo en que cada quien se relaciona consigo mismo, con los otros y con las instituciones, a partir de las prácticas que realiza y de las experiencias que derivan de ellas. Esta *forma-sujeto* es construida a partir de la subjetivación, esfuerzo de creación de sentido (*producción imaginaria*), que crea *para sí*, en el que alguien se ubica a *sí mismo* en relación a *sí*¹² y en relación con el lugar que tiene en las instituciones de la sociedad histórica en la que se encuentra.

Otro elemento que podemos rescatar de Foucault, es que la subjetivación de prácticas y experiencias, no ocurre aislada, sino dentro de *dispositivos* de saber-poder, que son formaciones sociales que responden a una estrategia de ejercicio del poder, pues disponen las condiciones para dirigir las conductas de los sujetos.

Retomando estas ideas, pero volviendo a Castoriadis, implicaría que la socialización que convoca procesos de subjetivación, se lleva a cabo mediante *dispositivos socializantes*, que siguiendo la concepción de dispositivo de Foucault (1983), podríamos considerar como: el conjunto heterogéneo de discursos, prácticas, instituciones, decisiones reglamentarias, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales y filantrópicas; que se encuentran articulados por reglas de funcionamiento, modos de vinculación y estrategias de ejercicio del poder, que constituyen sujetos y regulan sus prácticas, modulan sus experiencias; cuyo objetivo general es la sistematización de las condiciones de racionalización y de transmisión, reproducción y transformación de la cultura de una sociedad en una época determinada.

Estas nociones de *subjetivación* y *dispositivo* de Foucault, junto con otras como la de *poder, saber, biopoder, tecnologías del yo*, podrían complementarse con los planteamientos de Castoriadis para ayudarnos a comprender mejor el proceso de socialización, especialmente la socialización de la violencia como veremos más adelante.¹³

¹¹ “[...] la forma indica, a la inversa de su uso filosófico habitual, la variabilidad radical de la subjetivación, la noción de manera viene aquí a desbaratar la alternativa del sujeto y sus atributos: no hay maneras de ser sujeto (fórmula que dejaría abierta la posibilidad de determinar una subjetividad exterior a sus manifestaciones), sino maneras de sujeto” (Potte-Bonneville, 2007:202).

¹² “En la subjetividad humana hay reflexividad en sentido fuerte, que implica [...]: la posibilidad de que la propia actividad del sujeto se vuelva objeto explícito y esto independientemente de toda funcionalidad” (Castoriadis, 2004:102).

¹³ Tendríamos que hacer un trabajo teórico y reflexivo sobre estas nociones importadas a un campo problemático distinto de las que fueron creadas y dentro de un conjunto de referentes teóricos particulares. Tarea pendiente que no puedo abordar en este artículo por su limitada extensión.

PODER Y VIOLENCIA

La violencia es un acto muy complejo con muy variadas formas y manifestaciones, que si bien no se pueden exponer aquí, es necesario al menos señalar algunas características que son relevantes. Para este trabajo consideraré como *violencia* el conjunto de acciones u omisiones que atentan contra los demás o contra uno mismo, con el objetivo de perjudicar física, psicológica o moralmente.

La violencia se relaciona con el poder, pero no son lo mismo. Veamos primero algunas características del poder, para después diferenciarlo de la violencia. Foucault entiende por poder un conjunto de relaciones de fuerza que buscan el dominio y la dirección del comportamiento de los otros (Foucault, 1988). El *poder es intencional* y se lleva a cabo a partir de *estrategias implícitas o explícitas*, con objetivos más o menos conscientes y obedeciendo a una cierta racionalidad (que pretende justificarlas y busca legitimarlas).

El poder consiste fundamentalmente en un modo de acción que se realiza sobre las acciones posibles de los otros (Foucault, 1988:238-239). Es inherente a todas las relaciones sociales (sean económicas, familiares, sexuales, laborales, etcétera). El poder se ejerce en un campo de fuerzas, de luchas y enfrentamientos, donde unos sujetos ponen en juego estrategias para conseguir el dominio de los otros, para dirigir sus conductas o sus posibles comportamientos con la finalidad de que realicen lo que desea quien ejerce el poder.

Toda forma de ejercicio del poder genera resistencias, porque se lleva a cabo sobre sujetos “libres”, es decir sobre sujetos que deciden su actuar y están en posibilidad de resistirse al dominio, a la dirección o la influencia que se quiere ejercer sobre ellos.

Las estrategias del poder tienden a conformar dispositivos e instituciones, donde se concretan en concepciones, normas, leyes y formas de hegemonía social, que involucran saberes a partir de los que se interpreta todo acontecimiento que configura una experiencia.

El poder se ejerce por medio del saber (conjunto de lo decible y lo visible en una época determinada) en tanto que lo que se dice y se ve (que se pone en juego en las prácticas discursivas), induce formas de pensar y actuar. A su vez, el poder incita que ciertos saberes y discursos, sean considerados como verdaderos.¹⁴

¹⁴ La verdad, para Foucault, es un conjunto de reglas para discriminar lo verdadero de lo falso y éstas ligan lo verdadero a efectos de poder (1992:140). En consecuencia, no hay conocimiento o saber neutro u objetivo.

Para Foucault (1992), el poder no sólo prohíbe, reprime, inhibe y cancela, también produce objetos, relaciones, dispositivos, instituciones, discursos y constituye sujetos. Mediante procesos de socialización-subjetivación, los sujetos interiorizan los saberes de su época, los discursos de verdad que el poder pone en circulación y se exponen a las convocatorias de las diversas estrategias del poder que regulan sus relaciones, inducen su conducta y dirigen sus acciones. Foucault (1988) sostiene que el poder se ejerce en la cotidianeidad, clasifica a los individuos, los categoriza, los jerarquiza, los designa, les impone una identidad (como acepción “verdadera” de sí) en la que deben reconocerse y los otros deben reconocer en ellos.

La violencia es una forma extrema de ejercicio del poder, en la que paradójicamente el poder deja de ser poder para convertirse en violencia, porque se transforma en una acción que ya no actúa sobre las acciones de los otros, sino directamente sobre ellos (Foucault, 1988), sobre sus cuerpos, sus propiedades, su integridad moral, su dignidad humana. En la violencia el otro deja de ser sujeto libre (con voluntad y posibilidad de resistencia), para *convertirse en objeto de uso, abuso o destrucción*.

Toda violencia provoca daño, el sujeto es convertido en objeto que se usa, sobre el que se puede cometer cualquier tipo de abuso y al que se destruye parcial o totalmente. En la violencia el sujeto es *des-subjetivado*, se le resignifica y despoja de su calidad de persona humana para maltratarlo o destruirlo física, psicológica o moralmente. Aunado a esto, la violencia provoca angustia y temor al sufrimiento, a la destrucción de uno mismo, de los seres queridos o de las condiciones de vida y de salud, que se pueden perder definitivamente.

SOCIALIZACIÓN DE LA VIOLENCIA

Una vez señalados los referentes que nos permiten aproximarnos a una concepción de socialización y violencia, debemos establecer la concepción de socialización de la violencia que se intenta sostener. Para ello se partirá del planteamiento del sociólogo noruego Johan Galtung (2004), quien considera tres tipos fundamentales de violencia: la *directa* que es la violencia evidente que se ejerce de forma física, verbal o psicológica, fundamentalmente contra los otros en las relaciones interpersonales; la *violencia indirecta*, constituida por la *violencia estructural*¹⁵ (pobreza, represión, contaminación, injusticia,

¹⁵ “El término violencia estructural es aplicable en aquellas situaciones en las que se produce un daño en la satisfacción de las necesidades humanas básicas (supervivencia, bienestar, identidad o libertad) como resultado de los procesos de estratificación social [...] en el que el reparto, acceso o

etcétera) y la *violencia cultural* (ideas, normas, valores, tradiciones donde se justifica, promueve o valora la violencia).

En un país como el nuestro, donde existe una enorme desigualdad social (Saraví, 2015), la violencia estructural y cultural se ha exacerbado: la falta de empleo, los miserables salarios de los pocos trabajos existentes, aunado a la inestabilidad laboral y la carencia de prestaciones, produce niveles de pobreza que han impulsado la economía informal y el desarrollo del crimen organizado con el despliegue inaudito de diversas formas de violencias,¹⁶ a las que se han agregado las violencias represivas del Estado, como un mecanismo de sometimiento a la población para desarrollar sus políticas neoliberales en favor de las empresas transnacionales y de los sectores oligárquicos.

Estas condiciones producen diversos problemas familiares: la miseria y la incertidumbre provocan angustia y conflictos constantes, que propician el alcoholismo, la drogadicción, como formas de fuga; que se traducen en violencia intrafamiliar con diversas manifestaciones (golpes, insultos, maltratos, descuido en la alimentación, cuidado, salud y apoyo para la educación de los hijos) con sus nocivos efectos.¹⁷ En dos investigaciones en curso¹⁸ realizadas en tres secundarias públicas de la Ciudad de México (en las delegaciones Iztapalapa, Tlalpan y Coyoacán), hemos podido indagar a

posibilidad de uso de los recursos es resuelto sistemáticamente a favor de alguna de las partes y en perjuicio de las demás [...] La utilidad del término violencia estructural radica en el reconocimiento de la existencia de conflicto en el uso de los recursos materiales y sociales y, como tal, es útil para entender y relacionarlo con manifestaciones de violencia directa (cuando alguno de los grupos quiere cambiar o reforzar su posición en la situación conflictiva por la vía de la fuerza) o de violencia cultural (legitimaciones de las otras dos formas de violencia, por ejemplo, el racismo, sexismo, clasismo)” (La Parra y Tortosa, 2003:57).

¹⁶ Para tener una idea del grado de violencia en el país, Andrés Suárez comenta que de acuerdo con los datos del Institute for Economics and Peace de 2014, que establece la clasificación global y regional de paz: “En el contexto de 162 países, siendo Siria el último en el puesto 162, México ocupa el lugar 138, posición que dentro de los países de América Latina sólo es peor en Colombia, que ocupa el lugar 150” (Suárez, 2016:41).

¹⁷ Un estudio interesante sobre los efectos de la violencia intrafamiliar en los hijos es el de José Trujillo y sus colaboradores (2016).

¹⁸ Como parte de las actividades de la Red de Investigadores sobre Adolescencia y Juventud se está llevando a cabo una investigación conjunta a partir de dos Proyectos: “Televisión y educación: expresiones de la socialización de la violencia en estudiantes de secundaria (coordinado por el autor de este artículo en la UPN) y “Convocatorias de identidad en los *mass media*. El caso de los ánimes y programas de televisión” (coordinado por la doctora Beatriz Ramírez Grajeda de la UAM-Xochimilco).

partir de grupos de reflexión con estudiantes, así como, de entrevistas con maestros y directivos, las condiciones precarias en las que viven una buena parte de las familias de los alumnos, con los problemas que esto genera.

Pero no sólo la violencia está presente en los hogares, además lo está en los entornos familiares, situados en colonias donde son frecuentes los asaltos, el narcomenudeo, la proliferación de bandas juveniles, las peleas callejeras, la extorsión, el acoso sexual, etcétera. En algunos casos las escuelas están enclavadas en estos contextos y resultan ser víctimas y cómplices de estas violencias (cfr. González y Rivera, 2014; Kaplan y Berezán, 2014).

La vida cotidiana en estos entornos produce acontecimientos que conforman la experiencia de los sujetos, generando proceso de subjetivación que implican la necesidad para el sujeto de crear *para sí* una *posición subjetiva* que le permita elaborar psíquica y socialmente lo que le acontece a él, a los suyos o a sus semejantes. Es entonces que comienza una suerte de socialización provocada por el contacto con la violencia, ya sea vivida en carne propia, compartida por los relatos de los otros o presenciada muchas veces con impotencia e indignación.

En la investigación nos damos cuenta de que las escuelas son escenarios de múltiples formas de violencia, que si bien no es algo nuevo, consideramos que se ha incrementado como señalan varios estudios.¹⁹ Algunas de las manifestaciones de esto son: el trato de los maestros en ocasiones es autoritario e intransigente (si bien esto no se generaliza a todos los profesores, en algunas de estas escuelas abarca un tercio de los maestros). Aunado a esto, predominan las violencias entre compañeros: los “chismes”, los robos que derivan en peleas, los golpes que se hacen pasar como formas de camaradería (“así nos llevamos”) y el *cyberbullying*.

Para tratar de ejemplificar algunas formas de la socialización de la violencia consideremos lo que se mencionó en un grupo de reflexión realizado en una secundaria de Coyoacán:²⁰ en un grupo de primer año del turno matutino, proyectamos el

¹⁹ Como muestra podemos señalar que en el *Estudio exploratorio sobre maltrato e intimidación entre escolares 2008 y 2009*, realizado conjuntamente por el Gobierno del Distrito Federal y la Universidad Intercontinental, “se encontró que de manera global 92% de estudiantes de nivel primaria y secundaria reportó acoso escolar, y 77% ha sido víctima” (Estudios sobre la violencia, 2011:25).

²⁰ Como parte de la investigación se recurre a la conformación de grupos de reflexión donde se proyecta un programa de televisión que sabemos, por encuestas, que es una serie vista por los estudiantes del plantel. Una vez proyectado el capítulo de la serie se realiza una entrevista grupal a los participantes favoreciendo su participación y reflexiones, que serán audiograbadas para posteriormente transcribirse y analizarse.

capítulo: “Ya no quiero ir a la escuela”, de la serie de TV Azteca *Cada quien su santo*. El capítulo relata la historia de un chico de primer año en una secundaria pública, que es agredido por un grupo de compañeros encabezado por un alumno al que apodan el “Monstruo”. Ellos lo humillan, lo golpean, sumergen su cara en el inodoro, le rompen sus útiles y sus lentes. En su casa no dice lo que le sucede en la escuela, por temor a que su padre lo regañe o le pegue por no defenderse. Asume en silencio el enojo del padre que se niega a comprarle de nuevo los útiles y a reponerle los lentes rotos. Angustiado, comienza a faltar a la escuela y cuando su madre se entera de esto, el chico comenta que *ya no quiere ir más*, sin darle alguna explicación. La madre lo obliga a asistir. El niño, busca en *internet* videos de karate para instruirse y hacer frente a su agresor. Un día, después de encomendarse al Santo de su devoción, llega a la escuela y golpea al “Monstruo”; en respuesta el agresor lo busca a la salida y se pelean, un maestro los separa y los lleva a la dirección. Llamam a la madre de la víctima, que va por él y se entera de todo. El agresor no tiene a sus padres, vive con su abuela. La madre del niño golpeado, al enterarse del abandono del “Monstruo”, le pide a su hijo que lo ayude académicamente para aprobar sus materias. El milagro del Santo hace que los niños se vuelvan amigos y que el agresor logre, por fin, pasar de año, ya que tenía mucho tiempo repitiendo primero.

Una vez que proyectamos el capítulo les entregamos un cuestionario para conocer las apreciaciones individuales respecto al programa. Después procedimos a un análisis grupal del mismo. Cuando preguntamos si lo que vieron del programa de televisión se asemeja a lo que sucede en su escuela, dijeron que sólo algunas cosas: las peleas, los golpes, los insultos y las amenazas, pero que a veces en la televisión aparecen exageradas o sobreactuadas. Algunos cuestionaron que el “Monstruo” pudiera cambiar y que la madre del protagonista alentara a su hijo a ayudarlo. Narran que en la escuela no hay amigos, que todos se saben compañeros que comparten materias y que a ratos se divierten juntos, pero no se consideran amigos, uno de ellos señala: “[...] aquí no hay amigos, te tienes que cuidar de todos”, cuando preguntamos por qué, nos dicen que si alguien se descuida le roban el celular, su dinero, sus útiles.

En el programa dramatizado que proyectamos aparecen diversas *convocatorias de identidad* que los estudiantes de la escuela reconocen: la invitación a tener amigos, a perdonar a los agresores, el ofrecimiento de que los agresores cambien y se dejen ayudar, entre otras. Sin embargo, las experiencias de violencia y acoso que los participantes del grupo han experimentado en la escuela les hace calificar a estas convocatorias como algo “que sólo pasa en la televisión”, como “exageraciones” que no ocurren en la realidad. En su experiencia de socialización frente a la violencia en su escuela, reconocen abiertamente que “[...] aquí no hay amigos, hay compañeros y te tienes que cuidar de todos”.

En la investigación nos percatamos de algo que después hemos constatado que sucede en otras escuelas: con mucha frecuencia la violencia se presenta a través de las redes sociales, especialmente en las páginas de Facebook que los alumnos crean como colectividades virtuales. Los alumnos nos informaron que existen cuatro páginas de Facebook de la secundaria, donde se difunden “chismes”, difamaciones, acoso moral, amenazas, videos de peleas y fotografías comprometedoras, mediante las cuales los alumnos se hostigan entre ellos y ocasionalmente lo hacen con los maestros.

En estas generaciones multimedia, donde la socialización de los adolescentes pasa principalmente por el uso de las pantallas, el empleo de las redes sociales es fundamental; sin embargo, llama la atención la creación de redes sociales que conforman colectividades escolares cuyo principal uso es la violencia. La desconfianza de la que nos hablaban en líneas arriba, obedece entre otras cosas a que las redes sociales son empleadas principalmente para ejercer violencia entre sus compañeros. Nos comentan que es común que se filmen escenas comprometedoras que se suben a la red, difamaciones, insultos, intrigas, a los que coloquialmente les llaman “quemones”, mismos que resultan ambivalentes, son “chistosos mientras no te pase a ti”, pero cuando alguien es víctima, es motivo de riñas y desquites en ocasiones muy severos. En condiciones de ser fácil víctima de este tipo de violencia las estrategias de poder, de precaución y vigilancia se exageran para no caer.

Al indagar sobre las formas de violencia más frecuentes en la secundaria, comentaron que entre los varones, por lo regular, se presenta por medio de golpes y peleas. Mientras que entre las mujeres lo más común es la violencia verbal, aunque también hay golpes y riñas. Los motivos de la violencia entre los hombres es “porque se llevan y luego no se aguantan” o porque “a unos los agarran de su puerquito y después se rebelan”. En cambio entre las mujeres el motivo principal es por los novios, las “ex” se enojan con las nuevas novias de su pareja anterior o por celos de que el novio “platique con otra”; otro motivo son las críticas por el aspecto físico o “porque se caen mal”. Muchas de estas cuestiones se ventilan en las páginas de Facebook y provocan los enfrentamientos.

Al hablar de las formas de violencia en su escuela, los alumnos comenzaron a acusarse mutuamente de provocar situaciones violentas. Les dijimos que nos llamaba la atención estas acusaciones, nos reiteraron que ellos “no son amigos como tal” y que “sólo se reconocen como compañeros de batalla”, que están ahí por un objetivo en común, que es “cursar la secundaria”.

En el mundo *para sí* que han construido en su socialización escolar, tienen que estar alerta, no pueden confiar en nadie, señalan que te puedes divertir con tus compañeros y compañeras, pero no puedes confiarte, si ellos tiene oportunidad de usarte, de abusar de ti y de dañarte lo pueden hacer. La violencia con frecuencia irrumpe en la relaciones entre ellos.

Cuando preguntamos cómo actuarían si sufrieran algún tipo de acoso o violencia, la mayoría respondió que “preferían quedarse callados” o intentarían hablar con el agresor, pero si la situación “se salía de control”, “recurrirían a otra persona a quien le tuvieran confianza y los pudiera ayudar”; si no se resolviera el problema, entonces responderían con golpes.

La socialización implica un proceso de subjetivación de las experiencias en los colectivos y las instituciones en las que se incorporan, estos chicos han experimentado en carne propia o presenciado en sus compañeros diversas formas de violencia, por lo que han subjetivado formas de relación de desconfianza, y cuidado de sí, a la par de diversas estrategias: “nunca dejamos el celular en la mochila, siempre lo tenemos en el pantalón o en la bolsa de la sudadera”, “vigilamos si alguien saca el celular para tomar una foto”, “en la fila de la cooperativa le pedimos a la prefecta que vigile para que no nos den *arrimones*”.²¹

Al interrogarlos acerca de a quién recurrirían para pedir ayuda, dijeron que a sus amigos, a sus hermanos y, por último, a los profesores, al orientador y la directora (ninguno mencionó a sus padres). Aunque señalaron que por lo regular cuando piden ayuda a los maestros éstos “no hacen nada”.

Como parte de su socialización en la violencia, han aprendido con quién pueden acudir para tratar de defenderse en los juegos de poder y violencia que perciben. Los maestros que supuestamente estarían para defender a los estudiantes de las agresiones mutuas, son considerados agentes de violencia en los que no se puede confiar, por lo que no son vistos como un apoyo para resolver los problemas.

Cuando en los grupos de reflexión pedíamos a los estudiantes que escribieran consejos para sus compañeros de nuevo ingreso, para sobrevivir en la secundaria, casi la mayoría de los consejos se referían a que se cuidaran (“que no se dejen de los más grandes”, “que no crean en los chismes”, “cuídate de los ‘quemones’ –las difamaciones en Facebook”), que no confiaran en nadie (“aquí no hay amigos”, “todos son hipócritas”).

Sobrevivir en la secundaria significa, para los estudiantes, aprender a protegerse y sobrellevar el ambiente de violencia que priva adentro y afuera de la escuela, con sus compañeros, con sus maestros y con el entorno. Implica un proceso de socialización *por* la violencia y *para* sobrellevarla. Consiste en establecer tácticas para evitar (o aminorar) el maltrato, los golpes, las difamaciones, los robos, los abusos.²²

²¹ La niña que relata esto se refiere a que en el descanso cuando hacen fila para comprar, los varones que se forman detrás de ellas las tocan con el pene, simulando que los empujaron.

²² Las chicas relatan que en los salones cuando tiene oportunidad o en las filas para comprar en la cooperativa, con frecuencia los varones se les “arriman” o “manosean”.

La socialización de la violencia es un proceso de subjetivación donde el sujeto resignifica los acontecimientos violentos que ha vivido o que ha presenciado y que conforman su experiencia. La subjetivación de la violencia conlleva una elaboración de representaciones, afectos y deseos, que den sentido *para sí*, a su experiencia con la violencia (donde se conjugan saberes, formas de comportamiento y actitudes), para modelarse a *sí mismo* (asumir formas de actuar) o modularse (modificarse de manera gradual) para que se pueda hacer frente a las violencias que han experimentado.

El proceso de subjetivación de la violencia implica desarrollar estrategias a partir de la experiencia, frente a los acontecimientos violentos. Se debe saber qué hacer, para ello se atiende a los consejos o a lo que se dice entre los “cuates”, o a “pensar cómo hacerle”; hay que buscar maneras de ejercer el poder sobre los otros (“más vale hacer, a que te hagan”) y cuando se vuelve necesario hay que ser más violento que los demás (“si te tienen miedo, te respetan”).

Subjetivamente también se desarrollan *mecanismos de defensa* frente a la angustia y el miedo que produce la violencia: la *racionalización*: pensar que si se conocen las causas del abuso se pueden evitar (“con que no me lleve con ellos... ya”); *negación o represión* de los afectos que producen los abusos y maltratos (“ya no les hago caso”, “no les doy importancia”, “así son mis amigos”, “así nos llevamos”); *identificación con el agresor* transformarse de víctima a agresor (“si me hacen, les hago más duro”). Todo esto deriva en *posiciones subjetivas* (formas de sujeto) frente a la violencia: *naturalización* (“en todas las escuelas es igual, hasta en la primaria pasaba”); *indiferencia* (“mientras no me suceda a mí, no hay problema”); *individualismo* (“no me llevo con nadie para que no me pase”); *inseguridad y persecución* (“a veces ya no quiero venir a la escuela”).

Otro ejemplo de los efectos de la socialización de la violencia son dos dramáticos casos entre niños y adolescentes que trascendieron a la opinión pública: el caso ocurrido en la ciudad de Chihuahua, el 14 de mayo de 2015, cuando cinco adolescentes (uno de 12 años y dos de 15, junto con dos mujeres de 13 años) torturaron y mataron a un niño de 6 años, con quien supuestamente estaban jugando “al secuestro” (Breach, 20015). Algo semejante ocurrió en Tampico, Tamaulipas, el 25 de mayo de 2015, cuando una niña de segundo año de primaria (de siete años), fue atacada sexualmente por tres de sus compañeros de su grupo (de la misma edad), quienes la sometieron y comenzaron a quitarle la ropa; cuando entró la maestra al salón y los descubrió, dijeron estar “jugando a la violación” (“Alumnos de primaria...”, 13 de junio de 2015).

Las crisis económicas, las condiciones de desigualdad y pobreza (Saraví, 2015) propiciadas por las políticas neoliberales, son las condiciones estructurales de la violencia; no sólo favorecen la delincuencia, sino todo tipo de abusos, privaciones, maltratos y formas de corrupción e impunidad, que alimentan el individualismo, la moral cínica (Sloterdijk, 2014) y la anomia. En este caldo de cultivo, la violencia se

reproduce y va mermando los vínculos de solidaridad, de cohesión social y los lazos de regulación civilizadora. Impera la ley del más fuerte, del más poderoso y del corrupto. Se privilegian los valores del dinero, del mercado, del individualismo, del cinismo.

La cultura, el otro elemento indirecto que conforma el origen de las violencias directas (Galtung, 2004), en la actualidad refleja las condiciones violentas que vivimos y las expresa de múltiples maneras: las recrea, las resignifica e incluso las exalta. Las películas, series de televisión, los videojuegos, las redes sociales, las canciones, las obras de teatro, las artes plásticas; tienen como tema central la violencia en sus múltiples facetas.

El reciente caso del adolescente de doce años que disparó contra su maestra y sus compañeros, para después quitarse la vida, en una secundaria de Monterrey el 18 de enero de 2017, sin duda es un acontecimiento que podemos vincular con la socialización de la violencia, a la que están expuestos principalmente los niños y adolescentes. No hay elementos suficientes para tratar de comprender lo que sucedió, una de las interpretaciones apunta a la influencia de los sitios de internet que frecuentaba. Si bien esto puede tener alguna relevancia, no explica lo ocurrido, se tendría que considerar su dinámica familiar, la experiencia de vida que lo constituyó y socializó en un sujeto que fue capaz de actuar como lo hizo, consciente de que su acto sería filmado por la cámara de la escuela y se difundiría por internet y la televisión. Se menciona que la tarde del 17 de enero el joven publicó en un foro llamado *Hispanchan*: “Mis queridos negros, mañana es el día. Seré parte de la historia de internet, tengo todo preparado. No daré detalles pero estoy seguro de que provocará bastante polémica y atención” (Tiempo, 2017:1).

Sin pretender que el espectador, las audiencias y los públicos convocados por estas manifestaciones culturales de la violencia, respondan acríticamente y mecánicamente, identificándose con ellas; no podemos dejar de pensar que éstas tienen un eco en sus fantasías, placeres, temores y anhelos. En tanto convocatorias de identidad (Ramírez, 2009; 2015; 2017), habilitan las condiciones de posibilidad para la negociación de sentidos entre la psique y el contexto, cuyos resultados serán identificaciones y configuraciones subjetivas, que no escapan a las tensiones y las soluciones de compromiso de la socialización.

BIBLIOGRAFÍA

- Altusser, Louis (1981). *La filosofía como arma de la revolución: los aparatos ideológicos de Estado*. México: Siglo XXI Editores.
- Bougnoux, Daniel, J.L. Le Moigne y S. Proulx (2005). *En torno a Edgar Morin*. Xalapa: Universidad Veracruzana, pp. 189-203.

- Breach, M. (2015). “Cinco adolescentes matan a un niño al ‘jugar al secuestro’ en Chihuahua” [<http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2015/05/16/detienen-a-5-adolescentes-por-matar-a-un-nino-al-jugar-en-chihuahua-1967.html>].
- Castoriadis, Cornelius (1992). “Psicoanálisis y política”, *Diarios clínicos. Revista de psicoanálisis con niños y adolescentes*, núm. 4, Buenos Aires.
- (1997). *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Eudeba.
- (1998a). *Los dominios del hombre*. Barcelona: Gedisa.
- (1998b). *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2004). *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Castro, Edgardo (2004). *El vocabulario de Michel Foucault*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- CEAMIEG (2011). *Estudio sobre violencia entre pares (bullying) en las escuelas de nivel básico en México*). México: LXI Legislatura Cámara de Diputados [http://archivos.diputados.gob.mx/Centros_Estudio/ceameg/ias/Doc_25.pdf].
- Foucault, Michel (1982). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel (1983). *El discurso del poder*. México: Folios.
- (1988). “El sujeto y el poder”, en Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. México: UNAM.
- (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- (1996). *Hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires: Altamira.
- (1998). *Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres*. México: Siglo XXI Editorial.
- (2011). *El gobierno de sí y de los otros*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2012). *Lecciones sobre la voluntad de saber*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, Sigmund (1980). *Psicología de las masas y análisis del Yo*. Madrid: Alianza.
- Galtung, Johan (2004). “Violencia, guerra y su impacto. Sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia” [<http://them.polylog.org/5/fgj-es.htm#s1>].
- González, Roberto y Lucía Rivera (2014). *La gestión de la violencia escolar*. México: UPN.
- Jay, Martín (2009). *Cantos de experiencia*. Buenos Aires: Buenos Aires.
- Jiménez-Bautista, Francisco (2012). “Conocer para comprender la violencia: origen, causas y realidad”, *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 58, pp. 13-52 [<http://www.scielo.org.mx/pdf/conver/v19n58/v19n58a1.pdf>], fecha de consulta: 28 de junio de 2017.
- Kaplan, Andrea y Yanina Berezán (coords.) (2014). *Hablemos de violencia. Problemas sociales que atraviesan la escuela*. Buenos Aires: Noveduc.
- La Parra, Daniel y José María Tortosa (2003). “Violencia estructural: una ilustración del concepto”, *Documentación Social, Revista de estudios sociales y sociología aplicada*, núm. 131, pp. 57-72 [<http://www.ugr.es/~fentrena/Violen.pdf>], fecha de consulta: 28 de junio de 2017.
- Orozco, Guillermo (coord.) (2014). *TVMorfosis 3. Audiencias y audiovisuales: consumidores en movimiento*. México: Tintable/Universidad de Guadalajara.

- Parsons, Talcott (1951). “El sistema social” [<https://teoriasuno.files.wordpress.com/2013/08/el-sistema-social-talcott-parsons.pdf>].
- Potte-Bonneville, Mathieu (2007). *Michel Foucault, la inquietud de la historia*. Buenos Aires: Manantial.
- Proceso (2015). “Alumnos de primaria agreden a compañera al jugar a la violación” [<http://www.proceso.com.mx/?p=407584>].
- Puga, Ma. Cristina, J. Peschard y T. Castro (2007). *Hacia la sociología*. México: Pearson Prentice Hall.
- Ramírez Grajeda, Beatriz (2015). “Los sujetos que convocamos en las prácticas de la psicología”, en Álvarez, Pérez Luis (coord.), *Creaciones del imaginario social. El deseo, la ley y la ética*. México: Juan Pablos Editor/UAEM.
- (2009). “Los destinos de una identidad convocada. Construcciones de sentido de un grupo de estudiantes de administración”. Tesis de doctorado. México: UAM-Xochimilco.
- (2017). “La identidad como construcción de sentido”, *Andamios*, núm. 33, México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, pp. 195-216.
- Saraví, Gonzalo (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México: Flacso/CIESAS.
- Sloterdijk, Peter (2014). *Crítica de la razón cínica*. Madrid: Siruela.
- Suárez, Andrés (2016). “La desaparición forzada de 43 estudiantes normalistas como expresión de la ausencia de Paz Social en México 2014-2015”, *Anuari del Conflict Social*, núm. 5, pp. 33-46 [<http://revistes.ub.edu/index.php/ACS/article/view/16000>], fecha de consulta: 28 de junio de 2017.
- Tiempo. La noticia digital (2017). “Advirtió niño sobre masacre en Monterrey” [http://tiempo.com.mx/noticia/69028-advirtio_nino_sobre_masacre_en/1].
- Trujillo, José *et al.* (2016). “Las consecuencias de la violencia filio-parental reflejadas en una historia de vida”, *Cuadernos de Trabajo Social*, núm. 29.1, pp. 119-128 [<https://revistas.ucm.es/index.php/CUTS/article/view/47159>], fecha de consulta: 28 de junio de 2017.



